

Los muertos no se levantan

Autor: Juan de Mairena

El pueblo huele a cerdo, a cerdo y a fruta podrida. Vengas de donde vengas para llegar hasta allí tienes que bajar, está en un hoyo, un valle que se alza a los pies del río Cinca, antes de que éste muera en el Aiguabarreig, donde sus aguas se mezclan con las del Segre y el Ebro.

Según como sople el viento, sobre todo en verano, el olor es más químico, entonces seguro que viene del matadero; otras, es por los melocotones putrefactos que se acumulan a los pies de los árboles, en los bancales kilométricos que conforman junto a las granjas y los clubs de alterne lo esencial del paisaje de la zona. Cuando andas por esos campos, hay que tener cuidado con la fruta podrida que se te engancha en los zapatos y no te suelta.

Hay cerdos por todos lados. En las granjas, por las carreteras, en los camiones. Cerdos que transportan cerdos. Cerdos que esperan en los remolques, amontonados unos encima de otros antes de ser sacrificados, mientras los cerdos que los conducen se paran en los burdeles a cubrir sus necesidades. El olor de los cerdos es muy fuerte.

En este ambiente es donde vive Jaime. Cada día conduce su camioneta desde el pueblo hasta su campo, cuatro kilómetros. Las ventanillas subidas por el hedor y por el polvo. Los caminos son de tierra, áridos. Este día no es diferente. A mitad del camino le adelanta un 4x4, es Armando, el marido de su prima. No se hablan desde que casi mata a su padre con una azada. Para Jaime, esa parte de la familia es como si estuviera muerta. Continúa su camino ignorando la polvareda que ha dejado Armando. Está ya casi llegando. A lo lejos empieza a verse la montaña con forma de esfinge egipcia, pelada, ni una hierba. Solamente crece dónde se riega, en las hileras de melocotoneros y perales.

Es tierra de western. No de western de Hollywood, más bien de espagueti western, los de Sergio Leone. De hecho, aquí rodaron varias películas a finales de los años 50, o al menos

eso dicen. Contrataban a los gitanos del pueblo para hacer de indios. En ese entonces había dos familias, los Heredia y los Montoya, se detestaban; Jaime se acuerda, mientras conduce, de cómo les pedían a los gitanos que se echaran en el suelo para hacer de indios muertos mientras los jinetes les pasaban por el lado. Pero los gitanos no se quedaban quietos y cada vez que los caballos comenzaban a trotar, se levantaban despavoridos, a lo que el director gritaba: “¡No podéis levantaros, se supone que estáis muertos, los muertos no se levantan!”. La escena se repetía una y otra vez provocando la carcajada de los chavales que se agolpaban en el campo para ver el rodaje. Esos chavales habían crecido. Jaime se acuerda mucho de su infancia, cada vez más, ahora que ya es viejo y el cuerpo empieza a fallarle.

Al llegar a su parcela, Jaime sale cojeando del vehículo. Es por el desgaste de un cartílago en la cadera. Un problema menor que se soluciona con una operación sencilla, pero él es muy testarudo y decidió, sin consultarlo con nadie, anular la operación ya programada en un hospital de Zaragoza. “Si hubieras ido, ya podrías andar bien”, le decía su mujer. “O estaría en el otro barrio”, contestaba Jaime. Sus manos son gruesas y están agrietadas por tantas décadas de trabajo a la intemperie en los campos frutales, “desde los ocho años”, le gusta repetir y ya tiene 72 y el andar de un viejo de 90. Su cara también tiene surcos y arrugas muy profundas, especialmente en la frente quemada por el sol. Ya no fuma. Hace tiempo. Pero a veces lo echa de menos y arranca una ramita de regaliz y se la pone en la boca. Hoy corta una ramita de higuera, para limpiarse los dientes, se le ha quedado algo entre dos muelas en el desayuno. Se lo enseñó un guineano que había empleado hace unos años cuando aún trabajaba en los frutales, pero hacía tiempo que había arrendado la tierra, desde que se jubiló.

Sólo conserva un trozo donde tiene un huerto. A cada temporada, sus verduras. En verano, muchas, casi todas. En invierno es más complicado porque las temperaturas descienden bajo cero y hay mucha niebla. Hoy brilla el sol, y calienta, por momentos. Pero cada vez le es más costoso, por el cansancio y el aburrimiento. Por si faltara poco, se han

multiplicado los conejos en la zona. Es una verdadera plaga y se comen la hortaliza y agujerean la tierra, que queda con huecos, como un queso. No es raro que atropelle, sin querer, o al menos eso dice, a algún conejo en el camino. Hoy ha ocurrido, ha atropellado a uno gris, ha bajado de la camioneta, lo ha agarrado con sus manos rugosas y al llegar a su terreno, se lo ha tirado a los gatos. Los gatos son muchos también, como quince, y el exterior de la caseta se parece cada vez más a un cementerio a cielo abierto de conejos despellejados y descuartizados. Los gatos se abalanzan sobre los conejos muertos, los desmiembran, las cabezas quedan sueltas, listas para que los gusanos las coman. Nunca había sido muy cuidadoso, pero la edad tampoco está arreglando nada.

De vez en cuando, cada vez menos, se acerca algún vecino, casi siempre es Eduardo, al que le faltan tres dedos de una mano, que se seccionó con la motosierra cortando unos troncos. Al igual que Jaime, Eduardo está jubilado y sigue pasando algunas horas al día en el huerto. No saben hacer otra cosa, trabajar la tierra o ir a echar un carajillo de whisky al Oasis, un bar y gasolinera al pie de la Nacional II y recordar viejos tiempos, los tiempos de los espaguetis westerns. A veces se creen Jon Vaine, así le llaman a John Wayne, y sacan la escopeta de perdigones, que tiene Jaime guardada debajo del colchón de una de las habitaciones, y disfrutan un rato disparando a las manzanitas de pastor. Es un árbol con unas manzanas enanas y ramas espinadas. En esa zona, la gente cree que les protegen contra los rayos. El fruto es muy pequeño e ideal como blanco de tiro, a condición de que no se disponga muy lejos. Y así pasa las mañanas Jaime. Hasta que se hace la hora de comer y vuelve al pueblo. Si puede, y los conejos no se las han comido, Jaime baja verduras para que su mujer y su suegra las cocinen.

Con el único que no habla es con su vecino más cercano, Armando, el del 4x4. Es un putero. A menudo lo ha visto aparcando el coche en el club de alterne Las Margaritas, en el otro lado de la frontera, ya en Cataluña. Era el marido de Adelita, su prima, hija única de la

hermana menor de su padre; todos ya han fallecido, menos Armando, y sus hijos, a los que prácticamente no se les ve por el campo. No se soportan desde que amenazó a su padre con una azada por un problema de delimitación de las dos parcelas. Desde ese día, no se cruzan ni la mirada.

Esta mañana Eduardo no se ha acercado a verle. Jaime se sienta bajo el techado de la caseta y se pasa la mano por la frente. Aún no es primavera, pero como ya casi es mediodía, el sol calienta. Ha estado arreglando una valla para evitar que los conejos entren en el huerto y está sudado. A lo lejos oye el tractor de Armando que está labrando el bancal, justo en frente de la parcela de Jaime, pero al final de la línea. Lo oye, pero no lo mira. Armando ha instalado un hilo eléctrico como escudo contra los conejos, es de esos potentes, que si lo tocas te manda una descarga. “Le habrá costado un dineral”, piensa Jaime. Las rencillas entre las dos familias no se ciñen a un problema de delimitación de parcelas. La otra hermana de su padre, la que vivía en Barcelona, había desheredado a la familia de Jaime y les había dejado dos apartamentos en la ciudad a la de Armando. Los habían vendido y con lo que sacaron renovaron la casa del campo. Hacía mucho de eso, pero aún les había quedado dinero para ir instalando cosas. Lo último era ese hilo eléctrico.

El ruido del tractor se va acercando, pero Jaime sigue sin mirar. Lo ignora hasta que oye como el motor se acelera y las ruedas patinan. El olor a quemado del aceite del motor se mezcla con el de los cerdos y el de la fruta podrida. Se levanta y ve el tractor volcado, de lado; y a Armando atrapado debajo. Se acerca. La rueda delantera está semienterrada en un inmenso agujero. El peso del tractor ha hecho que se derrumbara la superficie porque el interior está hueco, los conejos han debido de hacer una especie de galería y la tierra ha cedido al paso del tractor. Armando pide ayuda. Por los quejidos, su dolor debe de ser insoportable. Jaime se acerca aún más. No ve cómo podría sacarlo de allí. Coge del bolsillo de su camisa la ramita de higuera, se la pone en la boca. Da dos rodeos al tractor. Imposible. No

ve qué puede hacer. Se da la vuelta y se dirige hacia la caseta. En el porche está la azada, tal vez pueda hacer palanca y liberarle la pierna para sacarlo de ahí, sin embargo, decide entrar en la caseta, se lava las manos, la cara. Se cambia de ropa en la habitación, mira el colchón donde está escondida la escopeta, un minuto largo, inmóvil. Sale, cierra la puerta y coge la caja de madera con las verduras del día. Armando ya no emite ningún quejido. Abre la puerta del maletero, deja la caja, se sacude el polvo de la chaqueta y da unos golpes con las botas en la chapa, como de costumbre, para sacarse la tierra de las suelas. Le cuesta entrar en el coche por la cadera, “maldito desgaste”. Por el camino atropella a otro conejo. Agarra su cuerpo ensangrentado, tiene una pata aplastada; lo pone encima de la caja de las verduras y piensa, “mañana se lo llevo a los gatos”. Está de suerte, dos en un día, “Eduardo no se lo va a creer”.